

Nicanor della Rocca de Vergalo y su ambiente

GUSTAVE KAHN

Nuestros lectores no han olvidado el interesante artículo de nuestro colaborador Marius André sobre Nicanor della Rocca de Vergalo, oficial peruano proscrito y reformador de la poesía francesa ¹. Después de este artículo, M. Gustave Kahn, uno de los jefes de la Escuela simbolista, y que estuvo mezclado en todas las luchas literarias de fines del siglo XIX y principios del XX, nos ha hecho el honor de enviar su testimonio sobre la interesante figura de proscrito peruano. Nosotros nos sentimos encantados de poder transmitirlo a nuestros lectores. ²

Pequeño, muy delgado, nervioso, de cabellos negros brillantes, escasos en la coronilla, aguileño, tostado, Nicanor della Rocca de Vergalo parecía encarnar la miseria estoicamente soportada. Lo encontraba en casa de Ernest Lavigne, antiguo normalista, cuya carrera universitaria había sido breve porque desde el principio fue demasiado brillante. Era todavía alumno de la Escuela, cuando la Comuna de París le delegó las funciones de Director de la Escuela Normal, situación que había de destruirse a la entrada a París del ejército de Versalles. Después, de un viaje a Rusia, Lavigne había empezado con éxito en el periodismo. Era el momento que los diarios insertaban gustosos bajo el epígrafe: Variedades, estudios críticos, ensayos de vulgarización literaria. Por lo demás poeta mediocre, pero teniendo en su activo un libro de versos, *Ecos de París* y trabajando en una traducción de Lucrecio y en una especie de epopeya filosófica materialista, sin continuidad, pues él ejercía el profesorado libre, que lo llevaba a enseñar latín, griego, y filosofía en la Bastilla, región del liceo de Carlomagno, en el Barrio Latino y en el barrio San Lázaro, región de Condorcet.

¹ Ver la *Revue de l'Amérique Latine*. Año III, t. VIII, Nº 31. París, 1º de marzo de 1924.

² Traducido del francés por Sara Ráez Patiño, Jefe de la División de Publicaciones Oficiales.

¿Había encontrado a Rocca de Vergalo en la Cigarra, asociación de meridionales, que comprendía la palabra Mediodía, en su más amplio sentido o en casa de su suegro, Oscar Comettant?

Comettant era un periodista que se había retirado de la crítica musical en la cual era conocido por su fanatismo antiwagneriano. El unía a su crítica la representación de un gran establecimiento de pianos de Nancy, la casa Staub. Muchas veces en invierno se guardaban los pianos de cola en una sola sala. Muchos parisinos hombres de letras y de teatro venían allí a oír a los cantores de la Opera y a los Italianos. Las otras salas se convertían en salas de recepción. Comettant había ido a los Estados Unidos a entregar algunos volúmenes de turismo y de aventuras sobre los Comanches y los Sioux y también sobre la vida americana. Vendía pianos en América del Sur, pianos con tabla de armonía reforzada. Debía contar con numerosos sud-americanos entre sus relaciones de negocios y de amistad. Probablemente es Comettant quien había presentado Vergalo a Lavigne.

Lavigne, en una de sus veladas, me puso en relación con Vergalo, al que debía volver a ver en su casa. El aspecto donquijotesco de Vergalo, una dulzura singular de los ojos, un carácter muy notorio de modestia dolorosa, me impresionaron. Lavigne en pocas palabras me había puesto al corriente de Vergalo mezclando quizás la verdad con un poco de leyenda y no teniendo tal vez esta verdad el espíritu real de la biografía de Vergalo. Este había sido Teniente-Coronel en el Ejército Peruano, muy joven, exilado después de un pronunciamiento militar en el cual no había estado del lado de los vencedores. Tenía en provincias un hijo muy joven a quien adoraba y al que no podía hacer vivir en París, a su lado, en un desván, en Batignolles. Se daba gran importancia a Vergalo como hombre y se era indulgente con su poesía cuyo exotismo alteraba el gusto de la época. “El quería intitular un libro de versos, *Feuilles du Coeur*”. Esto no era muy francés. ¿De qué vivía Vergalo? ¿de esperanza!. El estaba, en ese momento, solicitando ante Castellano, director del Teatro-Histórico (actualmente Teatro Sarah-Bernhardt) para representar un drama: “*Les Mystères de Lima*”. Castellano se burlaba. ¿Pero lo dejaba burlado realmente? quizá le hacía de vez en cuando el obsequio de un poco de esperanza. Vergalo encontraba algunas veces pequeñas tareas, gangas menudas y no trabajo estable, traducción de cartas comerciales, muy poca cosa. Pero no pedía nada. Parecía por otra parte hundirse en mayor miseria. La copa de su sombrero que era su peinado permanente tomaba unos tonos de acero, el sobretodo se deterioraba. Si insisto en estos detalles de miseria, es porque ella era soportada con dignidad. Vergalo no tenía nada de bohemio. Su pobreza parecía más bien la de un exilado que ha tenido dificultades para establecerse en un país de adopción.

No carecía sin embargo de relaciones. Frecuentaba la casa de Augusta Holmès y allí encuentra a Catulle Mendès. Signo particular: no se le vio en casa de Nina de Villars, cuya mesa generosa y frugal a la vez alimentaba a la bohemia hambrienta. Tenía algunos amigos particulares; yo tuve conocimien-

to de algunos de ellos. M. Champion, grabador misántropo, de intenciones satíricas mal ejecutadas y que quería titular una colección de aguafuertes de inspiración hostil, en el caso que llegara a editarlo, con esta frase: “¡Prójimo! es un canalla”. Su hipocondría no se había detenido sobre Vergalo. El proseguía ingenuamente su sueño de poeta y fundaba paralelamente sus esperanzas, no de fortuna, sino de modesto bienestar, en su obra de teatro, en la que hacía concesiones para el público, *Misterios de Lima*, *Condestable de Clisson*. Teatro en prosa. Debía tener carteras llenas de proyectos.

Lavigne había conocido mis primeros versos. La fórmula le había sorprendido. La idea de un verso libre modificando los cortes y los juegos de rima lo asustaba. El fondo quizá para él no excusaba la forma. Estos primeros poemas eran malos, yo me daba cuenta cuando eran escritos. Lavigne me consideraba como un principiante dotado de espíritu crítico y de memoria destinado a llegar a ser una especie de sabio paleógrafo o de orientalista dotado de literatura. No obstante, este diletante apreciaba lo que yo, después de todo bastante perezoso, podía tener de voluntad reformadora: El me compadecía de antemano, no era un hombre sin intuición. Había hablado de mis ensayos delante de Vergalo, quien me pidió ceremoniosamente una cita y vino a verme.

Deseaba informarse de lo que yo podía saber respecto a las métricas inglesas y alemanas y de lo que de ellas era transferible al verso francés. Mi erudición sobre aquéllo era demasiado escasa. Cortésmente, él la declaró extensa y me confió que sus luces sobre la poesía española le aclaraban la poesía francesa de una época particular. Los grandes versos de Víctor Hugo en las “Contemplations”, me decía, se inspiran en el verso español “Lo substantivo encuadrado en dos grandes epítetos, fórmula de Hugo, es español”. El tomó algunas notas sobre un pequeño trabajo que yo había esbozado sobre la libertad del ritmo, admirable diferencia respecto a un hombre tan joven como era yo, y absoluta y conmovedora buena fe en su sueño de una poesía de más color, menos gramatical, menos forzada que la de los Parnasianos.

Un poco más tarde, él me llevó las *Hojas del Corazón*. Me había hablado de ellas y con vivo sentimiento, pero era necesario ser franco, yo le había confesado no estar conquistado por sus estrofas “nicarinas”. Estaba, en suma, reunido en la estrofa, en lugar de estar aplicado a todo el poema, simplemente el procedimiento de *Djinns*, de Víctor Hugo.

Por otra parte Vergalo, en esta época, no era un reformador, no admitía el verso libre del cual bosquejé vagamente la fórmula que no es necesario detallar aquí. El pensaba simplemente enriquecer la fórmula parnasiana, hacerla más ágil y más flexible, ajustándose siempre al alejandrino y a sus sucedáneos binarios, aún en las estrofas en rombo que él llamaba nicarinas. No creo que él conociera los modelos del siglo XVI. Algunas variaciones sobre la cesura, ciertas libertades con los sonidos mudos le satisfacían, y eso era mucho entonces. El interesante artículo en el que M. Marius André habla de él en calidad de poeta, es una buena imagen; y las bien escogidas citas limitan las novedades de técnica presentando correctamente el color de su inspiración. La

carta de Mallarmé, que cita M. Marius André, es característica. Bajo su forma cortés ella resume la objeción que encontraba Vergalo frente al número muy pequeño de sus lectores. Es verdad que Mallarmé, innovador en el fondo, era entonces, técnicamente, un Parnasiano exaltado, rehusando toda licencia, aún admitida. Otros reprochaban a Vergalo el exotismo de su lenguaje tanto como sus parciales libertades prosódicas. En lo que a mí toca, su gusto por la inversión, considerada como un recurso, contrastaba con mi horror ante la inversión. Pero entre las raras personas que conocían sus poemas, jóvenes o veteranos, ninguno desconocía que él tuvo ciertos dones de verdadero poeta. Hubiera podido entrar en pequeña estatura, en muy pequeña estatura, en la serie de poetas malditos.

Ciertamente, cuando Catulle Mendès lo sitúa entre los precursores del simbolismo, resulta pura ironía. Bergerat, más malévolo con los simbolistas que cualquier otro porque él manejaba peor que los otros el verso parnasiano, nos había arrojado con desprecio a Tollemache-St-Clair, quien simplemente suprimía las vocales de sus poemas por otra parte sin interés. Mendès hubiera podido agregar que Vergalo no era un escritor indiferente y hubiera podido notar que los defectos que lo deslucían, efusiones excesivas, relatos, etc., son defectos parnasianos, aquellos que nosotros, simbolistas, reprochamos a los Parnasianos.

Hugo ha hablado de:

“L’ heure triste où chacun, de son côté, s’ en va.” (La hora triste en la que cada uno por su lado, se va)

Hay también la hora difícil en la que cada uno se va por su lado.

Perdí de vista a Vergalo a fines de 1879. Lo había visto una media docena de veces. Escribieron que había muerto en Marsella, era inexacto. Pero el silencio más completo se hizo sobre él. Por una razón cualquiera, sin duda desalentadora, se extendió la sombra sobre él, como un sudario. Nunca en el momento de las luchas simbolistas él volvió a mi recuerdo. Ciertamente, ni Mendès ni Mallarmé, ni Dierx recibieron noticias suyas. Pero no había muerto, pues hace dos años, yo creo, recibí una nota suya, muy breve, de un tono muy amigable, pidiendo volver a verme.

Mi respuesta fue inmediata, pero no encontró eco.

Si él vive, tendrá unos 76 años por lo menos. Quizás sea demasiado tarde para que él intente encontrar un camarada de juventud. Y todo éso, unido a su miseria de otra época hace entrever una vida bastante sombría y de duro renunciamiento a lo que fue y a lo que ha sido siempre, acaso, su pasión: la poesía.